

HABLA PERON

«Yo hubiera podido ser el primer Fidel del

Madrid.—En Buenos Aires y durante varios meses, con ingenuidad de observador recién llegado, había pretendido abarcar, sin errores y sin omitir detalle, el desarrollo de las políticas peronistas: un haz de líneas paralelas y de proceso simultáneo, que a veces se cortan, a veces se pierden en sinuosidades increíbles y a veces entran en colisión o se apartan hasta el infinito. Después, aprendí, como en un cuento de Borges, que la diversidad era el signo irrefutable de una sola identidad: la de Juan Domingo Perón. Vador, las 62 Organizaciones, los dinamiteros de Córdoba, los redactores bonaerenses de periódicos clandestinos, los comandos que asaltan comisarías, Jorge Antonio en su despacho de la Mercedes Benz madrileña, el obrero desocupado que en su guarida de la villa miseria guarda una submetralladora, pero ese día acuesta a sus hijos sin cenar, la actriz de moda y codiciada por los ejecutivos que sale a la calle a pedir la libertad de los presos políticos; todos son caras de una realidad argentina que desde hace quince años no puede omitir ese factor del viejo general en su quinta de la Puerta de Hierro.

Los muchachos que ahora encañonan a los policías y se llevan el armamento (pintando como despedida un Perón vuelve en la puerta de la comisaría) tenían tres años cuando el general subió a bordo de una cañonera paraguaya, en Puerto Nuevo, y el almirante Rojas supo que la Argentina volvía a ser de los monopolios extranjeros. Pero uno de esos niños de 1955, desconfiado por formación política y más aún por oposición generacional, a ese monstruo sagrado que está lejos y concita el odio y la veneración de millones de argentinos, va a Madrid como periodista para desinflar el mito y termina escribiendo un libro hagiográfico. Los viejos políticos, encallecidos en el conservadurismo y en la alianza antinacional con el embajador Spruille Braden, hacen —diez años después— campaña electoral por los candidatos peronistas. Los militantes del PC, que en 1950 sufrían en Villa Devoto las torturas del comisario Lombilla, racionalizan ahora el reconocimiento del carisma vitalicio del general, recurriendo a la tesis de Lenin sobre nacionalismo, burguesía y revolución.

En 1970, Juan Domingo Perón, en el filo de los setenta y cinco años, sigue siendo (símbolo o pretexto, no interesa) el punto donde coin-

ciden todos los que quieren cambiar el país ocupado por el imperialismo, paralizado por el vacío de poder, que es la Argentina de Onganía. «Haremos lo posible porque no vuelva —me dijo en Córdoba un joven obrero metalúrgico—, pero es el que los mueve a todos y hay que respetarlo». «Elimine a Perón —me explicó un ex diputado— y no podré entender nada de lo que ha pasado en la Argentina; tampoco de lo que está pasando ahora». «Yo siempre estoy dispuesto a hablar con el general Perón» —expresó Arturo Frondizi en vísperas de un viaje a París en noviembre pasado, cuando le pregunté si pasaría por España.

Desde que en un gesto incomprensible para mucho, porque el pueblo pedía armas para defenderlo y casi la mitad del Ejército insistía en la resistencia aun a costa de la guerra civil, abandonó súbitamente el poder y permitió que la Argentina entrara en su segunda «década infame». Perón no ha dejado de gravitar un solo día en la política de su país. Toda definición debe hacerse a partir de su persona, pero no está —y parece que no lo estará nunca— erosionado por el exilio y la lejanía, esa enfermedad mortal de los grandes caudillos políticos. Parte de esa situación proviene del pasado; fuera Perón revolucionario real o manejado por un equipo de ideólogos (ambas versiones son utilizadas, pero históricamente sólo importan los resultados), la reforma social peronista de la Argentina oligárquica y vacuna fue demasiado honda para que se borre la figura de su autor. Pero, al mismo tiempo, ha sido el propio Perón, con su vitalidad humana y política, uno de los guardianes de su mito.

La leyenda de sus enemigos propone un hedonista que, asfixiado por sus propios errores y desviaciones de conducta, cayó solitariamente y vive ahora en la molición de sus millones mal habidos; además, ese tirano depuesto (como lo llama *La Prensa*, por inmutable decreto interno) sigue alimentando el vago sueño del poder por el poder, desconectado de las realidades de esta Argentina desarrollada, moderna y manejada por técnicos y no por cabecitas negras analfabetos. Pero la existencia madrileña de Juan Domingo Perón es la contrapartida de esa leyenda; en su casa de la Puerta de Hierro, estos quince años han sido los de una infatigable acción política. Obsesivamente, apremiado por el tiempo útil que reconoce en

su longevidad, el general no es sólo «el conductor», como él mismo gusta llamarse, desechando la denominación de «político». Permanentemente al día con diarios, revistas y movimiento editorial argentinos, lector de toda la literatura política europea, observador minucioso de cada movimiento latinoamericano, Perón ha aprovechado el exilio para una transformación que ha enriquecido su prestigio en vez de desgastarlo: ha pasado de líder a ideólogo. Aplicando su formación militar y sus esquemas de veterano profesor de oficiales a las nuevas tesis, este hombre que traspuso hace tiempo los setenta años, puede interpretar a Servan-Schreiber, examinar la geopolítica norteamericana, trazar un cuadro de los errores y de las ideas conservables que hubo en el justicialismo de 1946, aplicados a la situación actual. No es, está claro, el líder que se pondrá al frente de la Revolución argentina. Quizá él mismo sepa que no puede serlo; en las entrelíneas de la conversación que sigue aparece ese melancólico convencimiento, aunque posiblemente nunca lo dirá a nadie. Perón, por ser Perón —un fenómeno específico del proceso nacional— arrastra consigo las ambigüedades y las estratagemas del político de transición que fue. No creo que quiera renunciar a ello; su irrefrenable vocación política hace, inclusive, que se embriague con ese jugo fascinante de la conducción táctica que pretende mover a los hombres y a las masas como piezas en un tablero. A veces contradictorio, pasando bruscamente de la extroversión (y hasta las queridas palabrotas porteñas) a la reticencia criolla, una charla con Juan Domingo Perón no es la lección intangible del dirigente revolucionario, sino más bien la clave para entender el fenómeno dispar pero decisivo del peronismo popular argentino; lo que será ese movimiento es una respuesta que reside sólo en las barricadas de Córdoba y en los comandos armados de Buenos Aires, pero lo que fue y lo que es ahora puede entenderse únicamente después de haber hablado con Perón.

Una noche de este febrero, me senté con el general en su despacho artesonado en madera, repleto de libros, grabadores, ficheros para hablar durante dos horas. Enérgico, jovial, dicharachero y a la vez coherente en sintaxis y vocabulario (a diferencia de los tradicionales políticos rioplatenses Perón aparenta veinte años menos

de los que tiene, y no sólo en su físico. Después de estar un rato en su radio de acción, hay que agudizar los reflejos profesionales para no dejarse ganar totalmente por una simpatía y una cordialidad sabiamente administradas para seguir intentando el análisis y no el coloquialismo. Cuando llegué, pese a mis protestas, fue el general, no su secretario, quien ayudó a quitarme el abrigo. «No se preocupe —rió—, porque en la vieja lucha del hombre con el sobretodo, yo siempre he estado de parte del hombre». Estas cosas, tanto como sus esquemas tácticos, explican lo que *La Prensa* y la oligarquía argentina siguen sin entender desde el año 1943.

La transcripción de la charla —que fue grabada— aparece aquí con las lógicas condensaciones y la supresión de varios temas accesorios. Las palabras de Perón que se conservan corresponden, por supuesto, a la versión original.

«El imperialismo controla los procesos de liberación»

CARLOS MARIA GUTIERREZ.—En la revolución que está produciéndose en toda América Latina hay ciertas líneas comunes a la mayoría de nuestros países. El proceso iniciado por usted en mil novecientos cuarenta y tres en la Argentina llega ahora a un verdadero radicalismo de acción. Yo vengo de Buenos Aires; allí, en opinión de gente que es vanguardia del movimiento peronista y que lo reconoce a usted como líder, es el momento de producir por medio de la acción popular un cambio verdadero; continuar lo que se interrumpió en mil novecientos cincuenta y cinco. ¿Cuál sería, para usted, el programa de una fuerza revolucionaria peronista; programa práctico a aplicar desde ahora?

JUAN DOMINGO PERÓN.—Es cierto que en el mundo, actualmente, se está luchando por una revolución. Indudablemente, esa revolución está captando una serie de inquietudes, desde la terminación de la segunda guerra mundial. Las guerras, normalmente, paralizan la evolución; pero, como pasa en los diques, el agua sube; al terminar la guerra, saca usted la pantalla del dique y entonces el torrente invade. Esa revolución mundial va hacia formas socialistas. Los imperialistas, por su lado, llegan a una reflexión muy lógica: el mundo actual, con tres

Continentes

mil quinientos millones de habitantes, tiene a la mitad hambrientos. ¿Qué sucederá, se preguntan ellos, en el año dos mil, cuando la Tierra tenga siete mil millones de habitantes? Cuando en la Tierra ha habido superpoblación, los remedios han sido siempre dos: la supresión biológica (de lo que se encargan la guerra, el hambre y sus consecuencias); o el reordenamiento geopolítico: una mayor producción y mejor distribución de los medios de subsistencia. Los imperialismos saben que su ciclo es como el del hombre: crecen, dominan, decaen, envejecen y mueren. Piensan que su solución está, en estos momentos críticos de la Humanidad, en ser los salvadores en programas donde ellos sean imprescindibles. Uno de esos programas consiste en controlar los procesos de liberación y de independencia. Llega McNamara a Buenos Aires y dice: «Argentina debe ser sólo un país de pastores y agricultores». Claro: están defendiendo la comida y la materia prima del futuro. La comida, mediante el control de la natalidad; la materia prima, mediante el acopio de todos los bienes.

C. M. G.—¿Cómo se refleja eso en el caso argentino?

J. D. P.—Por lo que le digo, es que ocurre esa penetración intensa desde la segunda guerra mundial, en nuestro Continente, en todos los países; por las buenas o por las malas. Cuando los países no se entregan, o no los pueden penetrar, ellos dan un golpe de Estado o ponen un gobierno obediente. La gran virtud que yo veo en la revolución cubana y en la acción de Fidel es precisamente eso: les puso allí un dique, no han podido pasar. ¿Que eso ha sido a costa de asociarse con Rusia? No importa. Con el diablo, con tal de no caer. Porque el diablo, ¿sabe?, además es un poco etéreo. En cambio, éstos son reales.

«Yo hubiera sido el primer Fidel...»

C. M. G.—Es interesante su referencia a Cuba por las posibles analogías. En Cuba, Fidel se apoyó en una superpotencia para combatir a la otra. ¿Usted considera que ese recurso puede utilizarse en el caso de otros movimientos latinoamericanos de liberación?

J. D. P.—Completamente. Y quizá si en mil novecientos cincuenta y cinco los rusos hubieran estado en condiciones de apoyarnos, yo hubie-



En 1970, Juan Domingo Perón, en el filo de los setenta y cinco años, sigue siendo —símbolo o pretexto, no interesa— el punto donde coinciden todos los que quieren cambiar el país.

ra sido el primer Fidel Castro del Continente.

C. M. G.—¿Usted tuvo posibilidades, en mil novecientos cincuenta y cinco, de haberse apoyado en el Tercer Mundo o en el bloque soviético para salir adelante?

J. D. P.—Bueno, en esa época ninguno de los dos estaba en condiciones y el Tercer Mundo no existía. Fuimos nosotros, hace veinticinco años, los que lanzamos por primera vez la Tercera Posición. Claro, aparentemente cayó en el vacío. No

retirado las municiones a la Marina, pero se las proporcionaron los ingleses, con unidades de las Malvinas. Todo fue orquestado por los Estados Unidos. Yo no tengo la menor duda de eso. Después de eso empezaron a surgir los gobiernos militares en el Continente; el origen de todo eso está en la reunión de Panamá. Allí se reunieron los presidentes para esto que ahora vemos en toda América.

C. M. G.—¿Qué salidas ve a la situación?

J. D. P.—Ningún pueblo puede en-

«*Vuestra bandera fue la justicia social, la independencia económica y la soberanía política.*»

estaba el horno para bollos. Y es claro, no pudimos hacer nada. Porque a nosotros no nos volteó el pueblo argentino, nos voltearon los yanquis. Y, quién sabe, si hubiéramos tomado otras medidas, tal vez hubiese venido una invasión como la de Santo Domingo.

C. M. G.—¿Entonces, el principal enemigo del régimen en mil novecientos cincuenta y cinco fueron los yanquis y no el imperialismo inglés?

J. D. P.—Los dos.

C. M. G.—¿Aliados contra su gobierno?

J. D. P.—Los dos, aliados. Esos trabajan siempre juntos. Le habíamos

tregarse; si hay algo en que el pueblo está claro, es que no puede entregarse al imperialismo. Porque lo viene sufriendo desde hace un siglo por el estómago, o por el bolsillo, que también es una viscera suficientemente sensible. Liberar al país como lo ha hecho Fidel; esa es la solución. Y como pienso que lo están por hacer Perú y Bolivia. No sé en qué condiciones, pero vienen intentándolo.

«Yo creé cien mil predicadores»

C. M. G.—Permitame volver a la pregunta inicial, ampliándosela un

Por CARLOS MARIA GUTIERREZ

poco. Usted, hasta mil novecientos cincuenta y cinco, hizo la experiencia de aliarse con todas las fuerzas tradicionales de un sistema capitalista, aunque controlándolas; las mismas que ahora están vigentes en la Argentina: el Ejército, la Iglesia, la libre empresa. ¿De ahora en adelante cree que el peronismo, como movimiento revolucionario, puede contentarse con un programa nacional-democrático, o tomar las decisiones radicales que tomó, por ejemplo, Cuba en el caso de llegar al poder?

J. D. P.—Lo que ocurrió en nuestro gobierno no fue exactamente como usted lo dice, fue diferente a todo. En mil novecientos cuarenta y tres hicimos un movimiento revolucionario y pusimos un gobierno transitorio para darnos tiempo suficiente a preparar la revolución verdadera. La revolución no se puede hacer entre gallos y medianoche; durante seis u ocho meses, desde la Secretaría de Trabajo y Provisión (creada por mí), hice la preparación humana; la revolución la hacen los hombres para los hombres. Allí preparé la revolución desde el punto de vista humano. Una revolución la hace un realizador y cien mil predicadores. Yo creé los cien mil predicadores, los repartí por el país; después, lo demás fue un ejercicio continuado de esa predicación. Los puntos básicos que tomamos eran los más elementales: la justicia social, la independencia económica y la soberanía política; esas fueron nuestras banderas, que aún sostenemos y que representan el tripode de toda solución para la Argentina, en el presente y en el futuro. Los que no las han cumplido, fracasaron y seguirán fracasando.

«Simultáneamente con eso funcionó un Consejo Nacional de Posguerra que se encargó de la preparación técnica de la revolución, la planificación revolucionaria. Es decir: tomamos estadísticas, aislamos los grandes objetivos en el orden político, social y económico e hicimos un plan. Entonces formamos tantos equipos como eran los objetivos del plan; equipos de ejecución, con hombres jóvenes, honestos e idealistas. Cuando eso estuvo listo, dije a los muchachos que habían hecho la revolución: «Hay que llamar a elecciones». Se llamó a elecciones, ganamos y llegamos al gobierno. ¿Para realizar qué? Ese programa que habíamos estudiado en el Consejo Nacional de Posguerra. Nombre

¿EL SOL DE MEDIANOCHE EN LOS HOTELES MELIA?



USTED, QUE PUEDE ORGANIZAR SU VIDA Y SU
DESCANSO, TOMESE UNAS VACACIONES DE
INVIERNO, DISFRUTANDO DE LA HOSPITALIDAD
MELIA -EN LOS HOTELES MELIA- DONDE YA ES
PRIMAVERA.

Central Internacional de Reservas: General Mola, 72. Madrid. Tel. 2769728/9. Telex 27333 o en su Agencia de Viajes

HM *Hoteles Meliá*



HABLA PERON

ministros a los jefes de equipo y ellos trasladaron sus equipos a los Ministerios; la revolución se puso en marcha. Había un hecho que no podíamos dejar de contemplar; en esas condiciones debíamos actuar por evolución. ¿Por qué? Porque un gobierno dictatorial (como el que existe actualmente) no puede consolidar ninguna reforma; para consolidarla es necesario hacerlo dentro de una constitución, modificando toda la legislación anterior. O si no, echarlo todo abajo.

C. M. G.—Aparentemente, todas las revoluciones triunfales han destruido el aparato anterior si se proponían un cambio de fondo. Posiblemente, en la Argentina de aquel momento, con un enorme dispositivo imperialista a su alrededor, el camino era ese que usted siguió. Pero yo me refería a la Argentina de mil novecientos setenta. ¿Sigue pensando que un método evolutivo tiene vigencia, o que se debe entrar a la destrucción de las estructuras?

J. D. P.—Cuando llegamos al gobierno, llegamos por la vía normal. Y teníamos que proceder dentro de ese orden establecido. Cuando se llega por un golpe es otra cosa. Los golpes de Estado, con su violencia, están en razón directa al período de gestación; más largo ese período, más violenta es la revolución. Si nosotros llegáramos al poder por un golpe de Estado, entonces no quedaría más remedio que echar todo abajo y volver a construir.

«La revolución será violenta»

C. M. G.—Usted dijo hace un rato la imagen del dique. ¿En la Argentina, la dictadura no es un dique similar al de una guerra? ¿No se está preparando una inundación de ese tipo?

J. D. P.—Exacto. Pero el agua está creciendo. Y los pueblos, por ser una fuerza de la Naturaleza igual que el agua, siguen la misma táctica: el agua siempre pasa. Rodea, se infiltra o desborda. Ahora se ha empezado a golpear; el día que rompa el dique, el torrente se lanza y lo destruye todo.

C. M. G.—¿Es decir que, con su experiencia desde mil novecientos cincuenta y cinco, ha llegado a la conclusión de que la única forma de realizar la revolución argentina es por el cambio violento?

J. D. P.—No hay más remedio. ¿Por qué? Porque lo que está entronizado es la violencia, y sólo puede destruirse por otra violencia. Una vez que se ha empezado a caminar por ese terreno, no se puede retroceder un paso. La revolución tendrá que ser violenta.

C. M. G.—A la distancia, su política da la impresión de sacrificar muchas cosas en aras de la uni-



Los muchachos que ahora pintan un Perón vuelve, después de enfrentarse con los policías, tenían tres años cuando el general subió a bordo de una cañonera paraguaya en Puerto Nuevo, en 1955.

dad del movimiento. Y examinando la composición de sus fuerzas, se advierte que usted admite a la vez elementos reformistas o pasivos —que han demostrado complicidad con el gobierno o incapacidad de acción— y sectores muy radicalizados. ¿A esta altura, usted sigue creyendo necesario mantener ese equilibrio entre sectores tan contradictorios, o se inclinará hacia los partidarios de la violencia directa?

J. D. P.—Bueno, para hablar de eso, hay que darse cuenta de que todo este proceso requiere una conducción. La conducción política impone la necesidad de un dispositivo articulado, no rígido, porque si no, usted no puede maniobrar en el campo político. Hasta que el hecho revolucionario llegue a pro-

ducirse, aquí no se puede crear a dedo; los conductores para esta lucha no se hacen, nacen. Y han que usarlos de acuerdo a eso. A medida que han aparecido, he ido utilizándolos.

C. M. G.—¿Esta heterogeneidad responde entonces a que todos, incluso los titulados participacionistas, están dentro de un dispositivo deliberado?

J. D. P.—Naturalmente que están todos dentro de un dispositivo previsto. Mire el asesinato de Vandor, por ejemplo. Vandor fue un hombre que trabajó siempre dirigido por mí. Llegó un momento en que se desprestigiaba, en que caía en el desconcepto de la masa, porque estaba en una tarea que allí no se ve con buenos ojos.

C. M. G.—¿Eso era deliberado?

«Lo que está entronizado es la violencia, y sólo puede ser destruida por la violencia».

ducirse, es necesario conducir a las fuerzas de la mejor manera: bien articuladas, es decir, con un dispositivo. Ese dispositivo impone tener un sector capaz de dialogar; otro, ofensivo; otro, el activista, que cumple instrucciones determinadas. La articulación del movimiento actúa en varios sentidos: una rama política, una rama sindical, una rama de la juventud y las formaciones especiales, que son los grupos de activistas. Todas las fuerzas que juegan dentro del peronismo son fuerzas que han sido articuladas para una mejor conduc-

J. D. P.—Eso era deliberado. El se reunía conmigo; un día le dije: «Bueno, hijo; deje eso, porque si no, usted va a la ruina como dirigente». Y él largó. Cuando él largó, las otras fuerzas que estaban conectadas con él, lo mataron. Todo ese proceso que le decía, funciona de acuerdo a directivas de conducción táctica.

«No cabe el diálogo»

C. M. G.—Parecería, sin embargo —y perdón de la insistencia, pero

creo que este es un fenómeno del movimiento peronista todavía no bien explicado— que un dispositivo táctico podría tener ciertas contradicciones, pero también una orientación común. Y lo que se observa en la Argentina, entre sectores llamados igualmente peronistas, es a veces una animadversión total, que llega a las acusaciones de traición.

J. D. P.—Claro, porque también eso existe en todos los dispositivos. Siempre hay hombres que defecionan. Cuando uno ve que eso se está por producir, toma medidas para neutralizarlo. Mire: en este momento hay cinco colaboracionistas; se han puesto a las órdenes del gobierno para constituir una comisión (en el orden gremial) que organizará una CGT obediente. Y han sido denunciados inmediatamente. Nos los denunció yo, ni el comando táctico; los denuncian las sesenta y dos organizaciones, que son la rama sindical de nuestro movimiento, y los separan. De los que conversaban con el gobierno, cinco eran peronistas y han sido expulsados. Los demás no son peronistas; son independientes o no alineados. Esa gente hace cualquier cosa, pero está en minoría.

C. M. G.—Hasta ahora, todos los sindicatos peronistas han utilizado ciertos procedimientos de reclamación que pertenecen a la índole de la sociedad capitalista argentina: discusión con los organismos oficiales, ventajas como la del porcentaje para fondos sindicales que se agrega al aumento de salarios, etc. Es decir, conquistas conseguidas por medio del sistema. Pero hay peronistas, también (los que han producido los sucesos de violencia), sosteniendo ya que no tiene que haber contactos de esta naturaleza en el futuro.

J. D. P.—Es lo que nosotros pensamos. En las últimas directivas —yo he mandado una grabación a las sesenta y dos organizaciones— establezco que este gobierno no es revolucionario, sino contrarrevolucionario. Y les digo: ¿Vamos a dialogar con esta gente, a alfojarle? No; tenemos que ir al enfrentamiento total, hasta destruirla.

C. M. G.—¿Esa diversidad de estilos dentro del peronismo no puede ser un obstáculo para el éxito del objetivo?

J. D. P.—Dentro del movimiento peronista, yo tengo una misión: conducir, pero conducir a todos. Porque en política, el que quiere conducir solamente a los buenos, al final queda rodeado de muy pocos. Y en política, con muy pocos no se hace mucho. Yo tengo que llevarlos a todos hasta el final, buenos y malos. Porque si quiero llevar sólo a los buenos, llevo con muy poquitos. Tengo que cumplir una misión y la cumplo firmemente. ¿Que un tipo traiciona? No me enoja.

IBERIA

ENTRA EN UNA NUEVA ERA

EN ESTE AÑO

RECIBIRA LOS GIGANTES «747»



BOEING 747

Las compañías aéreas están entrando en una nueva era: la del transporte masivo, resultante de la entrada en servicio de los aviones subsónicos de gran capacidad «Boeing 747», tan popularizados bajo el nombre, acaso no demasiado afortunado, de «jumbo jets».

Estos aviones pueden transportar mayor número de pasajeros que todos los conocidos hasta la fecha. Desde luego, su número de plazas varía según la versión elegida por cada compañía, pero se puede cifrar en una media de unas cuatrocientas, muy próxima a las cuales estarán los que próximamente reciba IBERIA.

Porque nuestra compañía nacional, atenta a no perder la privilegiada posición que ha llegado a conquistar en la primera fila de las compañías aéreas de todo el mundo, adquirió en su momento tres unidades del «747», de las que la primera se incorporará a su parque a últimos de septiembre o primeros de octubre próximos, y la segunda antes de que concluya este año.

Una empresa española de rango internacional

IBERIA, Líneas Aéreas de España, dio, en la recién terminada década de los sesenta, un paso de gigante. Estos diez años han supuesto una auténtica revolución para el transporte aéreo. Los tradicionales aviones de émbolo han cedido el paso a los reactores, que tras replantarlos en los vuelos de larga distancia lo han hecho también en los de corto y medio alcance.

Ha sido una revolución comparable a la que supuso en su día, allá a finales de la década de los cuarenta, la aparición de los aviones dotados de cabina presurizada. Pero la aviación, actividad humana que no se detiene en su progreso, está habituada a este renovarse de cada diez años. En su horizonte se vislumbran ya los aviones supersónicos de pasajeros, de que hay algún tipo casi de transición entre una y otra época realizando sus programas de prueba.

IBERIA aprovechó bien la década de los sesenta. Su producción durante ella se multiplicó por 7,8. El número de viajeros transportados en sus líneas, por 4,6. Los kilómetros volados, por cuatro. Más que se triplicaron sus puestos de trabajo. Las inversiones alcanzaron los 22.948 millones de pesetas, lo que supone crecer diecisiete veces desde el 31 de diciembre de 1959.

En estos diez años, el capital escriturado pasó de 90 a 3.750 millones, espectacular aumento, pero que no alcanza a financiar ni la sexta parte de las inversiones de la empresa.

Es de destacar que IBERIA es una de las escasas compañías aéreas que ha mantenido su rentabilidad a lo largo de la década, abonando dividendos a sus accionistas que han oscilado entre el seis y el trece por ciento, sin más excepción que el año 1964, hasta alcanzar un total de 741 millones de pesetas.

Los impuestos satisfechos al Estado por la compañía llegaron a la suma de 3.645 millones de pesetas, siendo necesario resaltar que, desde 1964, IBERIA carece de todo tipo de protección fiscal.

Al mismo tiempo, IBERIA ha hecho una sustanciosa aportación en divisas al Instituto Español de Moneda Extranjera, entendiendo como tal el producto neto de su recaudación en el extranjero, deducidos de él sus propios gastos y las aportaciones del mencionado Instituto. Durante la década aportó IBERIA 155,6 millones de dólares.

La consecuencia de todo ello es que IBERIA haya pasado a ocupar un puesto de privilegio entre las compañías aéreas asociadas a I. A. T. A (Asociación del Transporte Aéreo Internacional), 104 en total, entre las que se cuentan las más importantes del mundo, con la sola excepción de la Aeroflot soviética. En diez años ha pasado del trigésimo al vigésimo segundo lugar, siendo una de las pocas compañías europeas que ha conseguido mejorar su clasificación y participando en el tráfico aéreo mundial en el 1,3 por ciento, a la vez que sirve la red doméstica más importante de Europa después de la rusa.

IBERIA en el futuro

La compañía nacional tiene el firme propósito de no perder posiciones tan duramente conquistadas gracias, en primer lugar, al entusiasmo y entrega de un equipo humano de primer orden, y aun mejorarlas, llegando a una participación en el tráfico mundial del 1,5 por ciento.

Ello supondrá pasar de 7.200 millones de pasajeros/kilómetro previstos para 1971, a 25.500 en 1980. Es un crecimiento acumulativo del 15 por ciento anual, dentro de la media de las previsiones de la O. A. C. I. (Organización de Aviación Civil Internacional), sobre incrementos del transporte

aéreo internacional y más bajo que el que viene experimentando IBERIA cada año, con una media del 24 por ciento.

Flota 1980

No es, por tanto, aventurado suponer que IBERIA consiga los objetivos que se propone, aunque será necesario contar con los medios precisos: una flota de 124 aviones para 1980, sin que figure entre ellos ninguno de émbolo.

De los que actualmente hay en servicio, se cifra el número de «Douglas DC-8» de la serie 63, para el fin de la década, en seis; reactores de gran capacidad para vuelos de largo recorrido, catorce; aerobuses de gran capacidad para trayectos medios, veintiocho; «DC-9» para trayectos cortos y servicios domésticos, treinta y cinco; reactores para servicios domésticos, treinta, además de los «Fokker» turbohélice que posee la compañía.

La Junta de Accionistas de IBERIA

La firme voluntad de IBERIA de mantener su actual nivel fue manifestada por su presidente, don Emilio de Navasqués, en la última Junta de Accionistas celebrada el pasado 21 de marzo en el domicilio social del I. N. I., en la que se dio cuenta de los resultados del último ejercicio que se ha caracterizado por su brillantez.

Durante el mismo recibió la compañía dos «DC-6» de la serie 63, de fuselaje alargado, y tres «DC-9» de la serie 30.

Se han inaugurado servicios de Madrid a Montreal, Málaga-Nueva York, Madrid-Kinshasa-Johannesburgo, Madrid-Barcelona-Munich-Viena, Barcelona-Valladolid y Madrid-Córdoba-Málaga, ampliándose la red comercial con la apertura de nuevas oficinas de ventas, tanto en territorio nacional como en el extranjero.

La compañía contaba con 13.921 empleados en 31 de octubre de 1969, y el volumen bruto de sus ventas alcanzó la cifra de 17.218 millones de pesetas. Los ingresos de la explotación se cifraron en 14.939.700 pesetas, con un superávit de 696,7 millones de pesetas.

Entre otros acuerdos se tomó en la Junta el de distribuir un dividendo del 6,5 por ciento y ampliar el capital en 1.250 millones de pesetas, con lo que queda establecido en 5.000 millones de pesetas.

HABLA PERON

Porque los traidores también son útiles, dentro de movimientos como el que manejo. Son como los microbios en la naturaleza. Crean las autodefensas. El propio microbio hace que el organismo cree las autodefensas. Para defenderse, el movimiento no debe necesitar de mí. Por eso, cuando aparece un traidor, yo no le echo ni nada. Les digo: «Cuidenlo, éste es útil; está generando anticuerpos».

«Nosotros pagamos la guerra de Vietnam»

C. M. G.—Le sugiero hablar un poco sobre su opinión del actual gobierno argentino.

J. D. P.—Mire; cuando empezamos a gobernar, dimos al país un impulso tal, que no se paró más hasta el cincuenta y cinco. Estos —porque estos de ahora son los mismos del cincuenta y cinco— lo pararon. Y ahora, el país va cada vez más para atrás. Habíamos rescatado totalmente la deuda externa, que cuando recibí el gobierno era de tres mil quinientos millones de dólares; los servicios financieros anuales eran de mil doscientos millones de dólares, y en mil novecientos cincuenta y cinco los teníamos en sólo noventa millones. En dos años, Aramburu creó una deuda externa de dos mil millones de dólares y aumentó los servicios financieros a trescientos cincuenta millones. Frondizi hizo ascender la deuda interna a cuatro mil millones; Illia le añadió otros quinientos millones, y el Club de París, quinientos más. En mil novecientos sesenta y seis, debíamos al extranjero cinco mil millones de dólares. Y éstos... Estos entregaron al país en masa; le pusieron bandera de remate. Era lo que los yanquis estaban esperando. Onganía ha llegado «como peludo de regalo». Dice: «Somos una revolución». A mí —que me costó tres años, días y noches, trabajar en la preparación de la revolución justicialista, cuando llegué al gobierno con todos los planes todavía se me presentaban situaciones que tenía que hacamarme para resolverlas. Y éste, que llega «como peludo de regalo», para «hacer una revolución», ¿cómo no va a fracasar? ¿Quiénes forman su gabinete? Unos señores que hacían ejercicios espirituales con él, en una manresa; luego, los del Ateneo de la República, unos macaneadores que ya conozco, que vienen macaneando hace treinta años; un sector agro-exportador, que está contra el país, y los gorilas que están en contra de todo lo que sea hacer bien al país. Esos cuatro grupos, en vez de gobernar, se ponen a pelear a ver quién va a quedarse con el poder detrás del trono. Pero pasan dos años, y todo se ha ido al bombo. Y mientras estos imbéciles se peleaban detrás de Onga-

nia, el Fondo Monetario Internacional (del que se hicieron socios estos cretinos) entró al país. A mí, el presidente del Fondo me visitó durante diez años; cuando venía a verme yo le conversaba y le hacía una señita negativa con el dedo; él entendía. Porque dejar entrar al Fondo Monetario es dejarse robar, literalmente. El Fondo ya le había cerrado todos los créditos a Aramburu, y los ministros salían mendicantes por el mundo, a ver si obtenían dos o tres millones en un Banco privado. Fíjese qué cosa espantosa; echaron el prestigio del país por el suelo y claro, menos crédito tenían. Entonces el Fondo le dice a Onganía: «Vamos abrirle los créditos, pero necesitamos una garantía: al ministro de Economía le nombramos nosotros». Y trajeron a Krieger Vassena, que era un empleado de ellos, de sus compañías. La primera medida que tomó este señor fue estabilizar el peso; lo bajó de ciento veinte a trescientos cincuenta por dólar. Todo por mandato del Fondo. Ellos quieren comprar el país; entonces echan abajo la moneda y lo compran por **chirlollitas**. Se compraron más de veinticinco Bancos en un mes. Más de cien empresas industriales, de las grandes, han pasado al capital norteamericano. ¿Entonces, cómo no quieren que el país esté como está? Mientras no echen a los yanquis, el país estará cada día peor. ¿Qué cree usted, que la guerra de Vietnam la pagan los yanquis? La pagamos los **boludos** que estamos en esto, dejándonos robar. De todo esto surge el programa que usted me pedía, y que es bien simple: liberar al país. Liberado el país, trincar todas las fuentes de evasión del dinero y después, ponerse a trabajar.

C. M. G.—Una revolución en el

«En América Latina, excepto tres países, todos están profundamente penetrados y dominados por el imperialismo».

poder, como la que usted inició y que retomaría ahora el peronismo, afrontaría en este momento nuevos riesgos. El imperialismo, en estos quince años, ha aprendido mucho...

J. D. P.—Nosotros, también.

C. M. G.—¿Usted es partidario de una política de nacionalizaciones?

J. D. P.—Sí. Yo la hice. Y sigo siendo cada día más partidario, porque sé el resultado que me dio.

C. M. G.—En la hipótesis de una Argentina con el peronismo en el



En su casa de Puerta de Hierro (Madrid). Perón ha aprovechado el exilio para una transformación que ha enriquecido su prestigio: ha pasado de líder a ideólogo.

poder, esa revolución nacionalizadora se vería sujeto de inmediato a un cerco, como Cuba o Bolivia, y necesitada de bases exteriores de apoyo. ¿Cómo ve en estos momentos los planteos que Chile y otros países están insinuando: irse de la OEA, irse de la Junta Interamericana, escapar a los sistemas de financiamiento impuestos por los Estados Unidos?

J. D. P.—La liberación tiene sus problemas. Liberarse en el orden interno, dentro de las fronteras, es posible y fácil; lo he demostrado cuando estuve en el gobierno: durante diez años el país fue libre y soberano, nadie metió las narices. Lo difícil es consolidar esa liberación, porque la sinarquía se arma y se nos echa encima, como a nosotros en mil novecientos cincuenta y cinco y a Cuba en mil novecientos sesenta y uno; diga que Cuba tuvo la suerte de que ahí estuviera Juschov.

«No quise ir a la guerra civil»

C. M. G.—¿Considera que Cuba se mantuvo simplemente por el apoyo soviético, y que usted cayó porque no lo tenía? ¿O piensa que también, en ambos casos, hubo la razón de una radicalización que Fidel llevó a cabo, destruyendo ciertos elementos del sistema que usted, en cambio, conservó?

J. D. P.—También tiene importancia la radicalización. Pero yo, lo que no destruí inmediatamente lo destruí después de otra manera.

Los grandes monopolios fueron destruidos en la Argentina. Vea el caso de Bunge y Born; los dejé fabricando sábanas. Hay muchas maneras de hacer esas cosas.

C. M. G.—Fidel destruyó las Fuerzas armadas del régimen. ¿Usted qué haría?

J. D. P.—A mí, las Fuerzas armadas no me defecionaron; sólo un pequeño sector de ellas. Si yo hubiera resuelto resistir, no tenía problemas. Claro que había que fusilar una cantidad de gente; había que matar medio millón de argentinos y destruir, en gran parte, muchas cosas en el país. No quise prestarme a eso. Pensé que algunos argentinos no iban a ser tan hijos de mala madre como para hacer lo que han hecho; tan malos patriotas. Creí que era un problema conmigo y me fui. Por otra parte, el pueblo estaba bien firme. Quizá si hoy tuviera que proceder, pensaría distinto.

C. M. G.—Esa era mi pregunta. ¿En ese caso, que haría?

J. D. P.—¡Ah!, si yo hubiera previsto lo que iba a pasar, entonces sí; hubiera fusilado al medio millón, o a un millón si era necesario. Tal vez ahora eso se produzca. Porque frente a la contumacia de esta gente, va a venir un movimiento revolucionario o una guerra civil. Entonces va a morir el millón...

C. M. G.—¿Hoy usted está de acuerdo en la desaparición de ciertas estructuras que pueden convertirse en contrarrevolucionarias?

J. D. P.—Completamente.

C. M. G.—¿Digamos, Fuerzas armadas, libre empresa, partidos manejados por el empresismo.

J. D. P.—Sí, exacto. Completamente de acuerdo; hoy tengo la experiencia. Ya no lo haría por opinión, sino por experiencia, que es la parte más efectiva de la sabiduría.

C. M. G.—Volviendo al tema del apoyo exterior, le haría otra pregunta. En cuanto a irse del sistema panamericanista, ¿piensa que es factible que cada país lo haga por separado y en grado diverso, o que debe existir una especie de entendimiento continental?

J. D. P.—Tanto las Naciones Unidas como la OEA son trampas armadas por el imperialismo contra nosotros. Tanto la OEA, como todos los organismos de financiamiento, están dirigidos al dominio. Sería anacrónico que nos liberáramos dentro de nuestros países, y mantuviéramos ese cordón umbilical por el que nos intoxican. Lo primero que deben hacer los países liberados es romper esas organizaciones, sin abrirse de ellas. Será necesario una previa integración continental, para que ninguno defeccione. O hacer una organiza-

Aquitania. Costa Vasca. Pirineos-Rosellón. Languedoc.

Hasta aquí
llega su casa.



Si usted quiere gozar de la buena vida francesa en un ambiente sorprendentemente familiar, monte en su coche, pase la frontera, y busque un rincón apetecible en el sur de Francia.

Allí, mil detalles le recordarán costumbres y regiones españolas. Pero todo ello condimentado con el sabor de Francia.

Usted disfrutará de vinos como los de Burdeos, que están entre los mejores del mundo.

Encontrará cientos de kilómetros de pinos para oxigenar el espíritu y las ideas, como en las Landas.

Playas atlánticas en las que

la vista se pierde en la lejanía, y sólo se descubre arena. Los cinco campos de golf más apreciados por los conocedores mundiales. Y cuando ya se sienta a mil kilómetros de su mundo habitual, participe en la vida nocturna de Biarritz o San Juan de Luz. Allí todo es tan entrañable que incluso fue una española -Eugenia de Montijo- quien los puso de moda.

Este año, venga a la Francia que está más cerca de usted. Y si en una calle de Toulouse o Nimes se encuentra a alguien vestido de torero, no se extrañe.

Está usted en su casa.



Solicite mayor información a su Agencia de Viajes o envíe este cupón a las Oficinas de Turismo Francés, Avda. José Antonio, 39, Madrid - 13. Avda. José Antonio, 656, Barcelona - 10.

D. Calle
 Localidad

Provincia

Desea información sobre la región:

Aquitania - Costa Vasca - Pirineos

Languedoc - Rosellón

Quercy - Limousin - Perigord

Provenza Valle del Loira

(señale con una cruz la región deseada)

En esta zona de Francia, una habitación para dos personas con desayuno incluido en un confortable hotel (2-3 estrellas) cuesta desde 350 hasta 1.200 pesetas.

Una buena comida con tres platos, vino, postre y todo el queso que usted quiera, desde 125 pesetas.

Consejo para bien comer en Francia; no pida la carta; los menús, marcados con su precio, incluyen las mejores especialidades del establecimiento.

HABLA PERON

ción de los estados latinoamericanos.

C. M. G.—El objetivo de integración, a largo plazo, está en todos los programas. Pero en cuanto a medidas concretas, si hubiera ya dos o tres gobiernos liberados (vamos a suponer que, en algún momento, Cuba, Perú o Bolivia coincidieran en un frente antiimperialista) y la Argentina se sumara a ese grupo, ¿cree posible un entendimiento con tal finalidad?

J. D. P.—Sería bastante, para destruir la OEA, con que esos cuatro países dijeran que ya no forman parte del sistema panamericano.

C. M. G.—También se está hablando de una reanudación unilateral de relaciones con Cuba.

J. D. P.—Mire: a Cuba hay que arreglarle el asunto. Es un país que se ha liberado. Cuba tendría que ingresar inmediatamente en el orden continental de los países liberados no de los países que se oponen a la liberación.

C. M. G.—¿Un primer paso, podría ser el restablecimiento de relaciones económicas?

J. D. P.—Toda clase de relaciones con Cuba. Lo creo indispensable. ¿Por qué vamos a seguir manteniendo, como un país sarnoso, a uno que ha obtenido la liberación? Nosotros somos los sarnosos, entonces, no ellos. La primera medida que debe tomar con Cuba un país que sea libre, es establecer todas las relaciones, económicas y las que sean.

C. M. G.—¿Los actuales procesos de América Latina le dan la impresión de que el Continente está recuperándose, después de un reflujó de los movimientos liberadores?

J. D. P.—No tanto. Porque si bien hay tres países que están en tren de liberarse, todos los demás están profundamente penetrados y dominados por el Imperialismo.

«Volveré en el momento oportuno»

C. M. G.—Queda, para el final, una pregunta algo impertinente. Además de conductor, usted es un militante y no ha dejado de serlo, según parece. Una forma de militancia es estar en el sitio de la lucha. En la Argentina, todos se preguntan si usted intentará alguna vez volver al país. De su táctica, surge la conclusión de que usted lo considera necesario. ¿Ha llegado el momento del regreso?

J. D. P.—Me agrada la pregunta; es un asunto que merece explicación. En mil novecientos sesenta y cuatro llegamos a Madrid noticias de que podía producirse en la Argentina un movimiento militar. Pensé que en esas circunstancias —y en todas, conociendo la médula de los

gobiernos militares— era lo peor que podía pasarle al país. Por interpósita persona, hice conocer allá esa información, creyendo que así podría solucionarse. Yo estaba decidido a trasladarme a la Argentina; allá tenía un movimiento con el que podía apoyar al gobierno. ¿Por qué? Porque el gobierno de Illia era sólo a medias constitucional, pero mejor que una dictadura.

C. M. G.—¿Pudo comunicarlo al gobierno?

J. D. P.—Hice los empeños por medio del doctor Jerónimo Remorino, que era un hombre muy vinculado y muy capaz. Cuando mandé decirlo, a los pocos días salió una declaración del presidente; dijo que los exiliados podían regresar con la garantía de las leyes y del gobierno. Yo me dije: esta es la contestación. Poco después, el ministro de Relaciones Exteriores, Zabala Ortiz, dijo lo mismo: que no había exiliados, que el gobierno era constitucional y no tenía exiliados políticos, que los que estaban fuera podían volver en cualquier momento. Y una semana más tarde, ya claramente, el ministro del Interior, Palmero, declaró: «Si el general Perón está en España, es porque quiere estar en España». ¿Ah, sí?, dije yo; saqué el boleto por vía aérea y me largué para allá. Y, usted sabe, me pararon en el Brasil y me volvieron acá. Había llegado una orden; entonces me volvieron. Caemos en lo de siempre: en el dominio de los países que mandan. Yo llegaba, no para hacerle una revolución a Illia, sino para apoyar su gobierno contra cualquier aventura militar. Con eso se podía haber ido a una sistematización y a una solución incruente del problema argentino. Después de eso, se han perdido todas las esperanzas. Ahora estoy preparado: el día

vimientos, consiste en su presencia. Como una causa y no como un efecto, de la consolidación del proceso.

J. D. P.—Comparto esa opinión. Yo puedo hacer mucho allí; pero para eso tengo que tener un margen suficiente de posibilidades. Recién, en estos momentos, se está activando un movimiento de verdadera trascendencia para el país. Ahora, irse para caer en manos de un nuevo general o un nuevo coronel, no es solución.

C. M. G.—En la medida en que la táctica lo permita, y siempre en el terreno de las hipótesis, hablemos un poco de las perspectivas. ¿Cree posible, en un país tan vasto como la Argentina y con una red de comunicaciones tan débil, que este tipo de movimientos podría aislar a alguna parte del país del poder central?

J. D. P.—Creo en la posibilidad de que la revolución se haga desde la periferia al centro.

C. M. G.—En eso, usted coincide con lo que se sabe de la táctica que en mil novecientos sesenta y siete proyectaba aplicar Ernesto Guevara.

J. D. P.—Sí, pero en el estado actual de la Argentina, las guerrillas no son factibles como movimiento de liberación; no, un movimiento de guerrillas.

C. M. G.—Entendámonos; esta conversación sólo se refiere a teorías. Le pregunto como al antiguo profesor de la Escuela de Guerra que usted es.

J. D. P.—En este plano le estoy hablando. La revolución debe hacerse desde la periferia al centro. Uno de los principios fundamentales de la teoría de la conducción es el

debe colocarse el centro de gravedad del esfuerzo —ya sea político, militar, etcétera— en ese lugar donde ha de producirse la decisión para estar gravitando, en el momento en que se produzca, con toda la fuerza. Pero cuando ese centro de gravedad no progresa, y en otra parte del dispositivo hay progresos, no debe titubearse en cambiar el centro de gravedad hacia esa otra parte.

C. M. G.—Teóricamente, entonces, cabe la posibilidad de una provincia autonomizada del poder central.

J. D. P.—Teóricamente, puede ser. Pero lo más probable es que cuando cae un gran centro de esos, los otros también se caen.

C. M. G.—Concretando: ¿Su regreso al país se produciría en el caso de llegarse a una etapa superior en la lucha?

J. D. P.—Exacto. Cuando haya un punto de apoyo para poder trabajar. Cuando fui en mil novecientos sesenta y cuatro tenía dos variantes: una, llegar directamente a Buenos Aires si el gobierno no se oponía; otra, quedarme en Montevideo, que era suficiente. De Montevideo me desplazaría inmediatamente, en un avión especial, a una guarnición de Tucumán, donde ya estaba todo preparado.

C. M. G.—¿Había encontrado en el gobierno uruguayo una actitud favorable a esos propósitos?

J. D. P.—Sí, ahí estaba Haedo. Haedo es un amigo.

C. M. G.—En relación a su regreso he recogido en Buenos Aires otras versiones. Por ejemplo: la de que usted podría radicarse en el Perú o en Bolivia.

J. D. P.—Se ha hablado de eso. Hace poco hubo una declaración muy interesante del jefe de Estado Mayor del Ejército en el Perú. En un discurso dijo: «Y si es necesario, invitaremos al general Perón para que nos asesore». Y fue un discurso público, pero eso no salió en ninguna parte, ninguna publicación lo sacó, porque existe la conspiración del silencio en estos asuntos.

C. M. G.—¿Aun cuando no estuvieran dadas las condiciones en la Argentina, usted se radicaría en un lugar más cercano al país?

J. D. P.—Cómo no. Pero tiene que crearse la necesidad. Yo no puedo ir a jorobar a los peruanos, que tienen sus problemas; ni a los bolivianos, que tienen los suyos. Porque, al fin y al cabo, estoy aquí a la misma distancia de la Argentina que estando en el Perú, pues las comunicaciones con Buenos Aires son más rápidas. Le digo, en resumen: Volveré en cualquier momento si puedo servir para algo. Volveré cuando la oportunidad esté lista. ■ C. M. G.

«Volveré en el momento oportuno y para ser útil».

en que sea posible me voy. Sé cómo voy a llegar, sin que me interfieran. Cuando yo quiera ir, ya no me para nadie.

C. M. G.—Se supone que evitará pasar por la Aduana.

J. D. P.—Natural. Tengo mi manera de llegar. Ahora que, indudablemente, no me quiero largar ahí para ir a perder el tiempo. Tiene que haber allí algo que posibilite mi llegada y haga útil mi presencia.

C. M. G.—Algunos dicen, en Buenos Aires y en Córdoba, que justamente el modo de impulsar hacia formas más concretas estos mo-

principio de la economía de fuerzas. El dice que para ganar en una operación cualquiera de esta naturaleza no es necesario ser más fuerte en todas partes, basta con ser más fuerte en el lugar y en el momento donde se produce la decisión. En la Argentina, la decisión de todos los momentos revolucionarios se había producido en Buenos Aires hasta mil novecientos cincuenta y cinco, en que se produjo en Córdoba. Y esto hay que estudiarlo. Porque dentro del principio de la economía de fuerzas hay la teoría de los centros de gravedad: cuando se hace una opera-